

¿Hacia dónde va la transición?

A lo largo de 1992, durante el proceso de cumplimiento de los acuerdos de paz, empezó a desarrollarse la contradicción dialéctica entre lo político, lo ideológico y lo económico. La identificación ideológica con los ideales de convivencia social, de estabilidad política y de gobernabilidad tiende a negar las diferencias entre los adversarios, lo cual se acentúa por lo indiferenciado de las propuestas económicas a los grandes problemas nacionales. La población salvadoreña tiende a ver al conjunto de la clase política como "lo mismo", pues las diferencias parecen ser sólo de matiz, en un discurso que es básicamente homogéneo. De la polarización anterior se ha pasado a lo indiferenciado, síntesis que niega la sobredeterminación política: la democracia tiende a percibirse vacía si no hay auténticas alternativas entre las que elegir y la paz tiende a vivirse como algo estéril en la medida que no parece capaz de dar solución a la grave problemática económica, que ha estado a la base del conflicto precedente.

El componente ideológico había conseguido la transformación del anterior interés clasista —de la identificación de las partes en conflicto con los intereses de determinados sectores sociales— hacia una genuina búsqueda del *interés nacional*, superador de sus mutuas diferencias y de su parcializada concepción de lo patriótico. Pero ahora, el influjo de lo económico frustrará esa intencionalidad, realizando una *doble negación* por la cual ni el compromiso clasista ni el patriotismo de la prio-

ridad nacional, sino *el interés particular*, el énfasis en *lo privado* y la promoción de *lo individual* serán los que demostrarán estar dominando la escena. La solución negociada, como demostración de voluntad patriótica y de generosidad política de las partes, encontrará negada su credibilidad a los ojos de la población y de las bases de ambos bandos, al resultar la implementación práctica de los acuerdos impregnada por intereses económicos particulares.

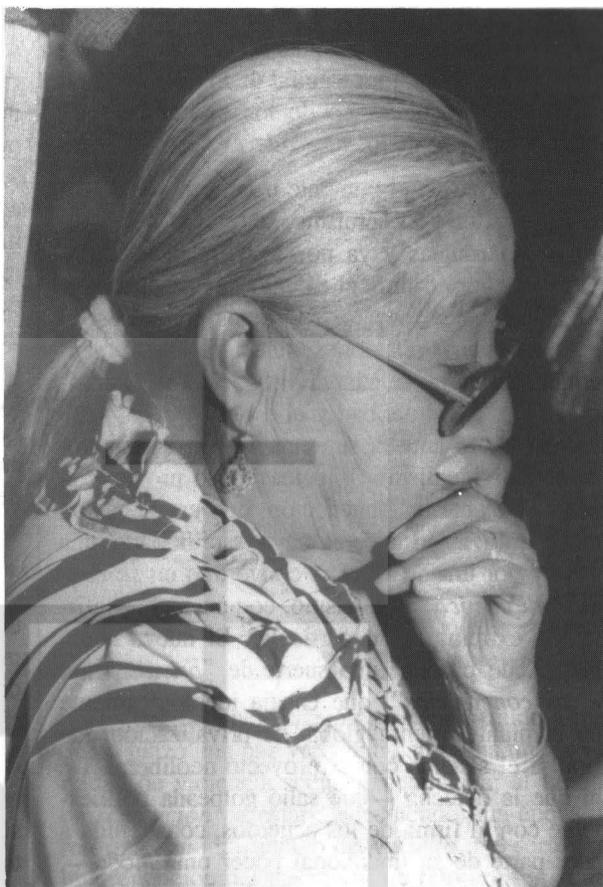
El factor económico, aunque sigue siendo *objetivamente* un sostén indispensable del Acuerdo de Paz y de los cambios ideológicos, *subjetivamente* empieza a generar efectos contradictorios, negando en la percepción colectiva su autenticidad: había sido positivamente reconocida la transformación de los antiguos valores, convicciones e ideales, mas no será aceptado que ellos estén siendo sencillamente apartados a cambio de cuotas de poder, puestos y carreras políticas particulares e intereses materiales. La conciencia colectiva percibe que el *idealismo clasista* no resulta trocado en un *idealismo patriótico*, sino que lo es por el *realismo* y el *pragmatismo*.

Por otra parte, desde la nueva preeminencia de lo económico, del mundo de lo privado, resulta irremisiblemente frustrada la meta de *la reconciliación*. Esta, en esencia, consiste en el reconocimiento del otro bando, a partir de reconocer que tiene de común con nosotros el mismo idealismo nacional que a uno lo inspira y aceptar como verdadero el fondo de patriotismo que ha animado a

ambos en la lucha. ("En la definición del interés nacional, en la búsqueda del bien común, en el amor a la patria, ambos bandos se reconocen al fin. Pueden verse a sí mismos como patriotas y al mismo tiempo intuir en el otro su mismo patriotismo; las dos partes reconocen la diferencia que los separa, pero también la identidad que los une, como salvadoreños, iniciando la transformación desde el odio fratricida hacia la unidad en la nación y en el amor patrio", "Romero y Ellacuría: el santo y el sabio", *Carta a las Iglesias*, 302, segunda quincena de marzo de 1994).

De ese reconocimiento es que puede surgir la auténtica reconciliación, posibilitadora de la re-unificación de la sociedad, re-unida en torno al objetivo superior de la nación. Pero el proceso es desviado de esa primera prioridad (tras la que se mantenía como motivación central al *Estado* y a la disputa real del poder político) y desvirtuado hacia otras preocupaciones que giran en torno a la *sociedad civil* (categoría en la que se centrará la moda sociológica del momento, lo que es coherente con la preeminencia dada a la reinserción de los combatientes en la vida productiva, al autosostenimiento económico como partidos y como personas, a la generación de un imaginado polo económico popular alternativo, etc.). De esa forma, la reconciliación resulta devaluada en una aparente *afinidad* entre las partes, resultante de la mutua *complicidad*, a partir de la cual se postula implícitamente que "todo es negociable", aunque "todo tiene un precio". Antes de haberla adquirido, la reconciliación ha sido ya ofrecida en venta.

Lo que puede observarse como resultante de las decisiones políticas de alto nivel y de la acción de los dirigentes, se ve reforzado por la tendencia general que protagonizan las bases y los ex combatientes. Una vez finalizada la guerra, ha llegado el momento de bajar de las montañas, de dejar los cuarteles, de abandonar el campamento, de salir del puesto de funcionario de contrainsurgencia o de acabar con la tarea clandestina. Cada quien busca lo que dejó al incorporarse a la lucha: familia, amigos, vecinos y conocidos... Es el emocionado reencuentro con los hijos, con el cónyuge,



con los padres... y también el regreso a la casa, la recuperación de los bienes perdidos, la pregunta por la propiedad abandonada. Quien todo lo dejó y estuvo dispuesto a sacrificarlo todo por su patria, ahora se preocupa por su patrimonio. El ideal de un futuro personal ligado y fundido con el futuro de la nación es hoy un espejismo del pasado, mientras el futuro se mira ahora en dimensiones estrictamente individuales.

Se ha pasado bruscamente de la *épica* a la *prosa*; del abanico de vistosos colores del combate valeroso a la paleta gris uniforme de la lucha diaria por el sustento y la sobrevivencia. El *guerrero* se ve compelido ahora a retornar a su origen *agricultor*, a dejar de soñar en campos de batalla o en cosechar victorias militares y a preocuparse del cultivo de su parcela y del pago del préstamo de la próxima cosecha. Jefes, mandos y estrategias militares luchan por convertirse en cuadros políticos o

en gerentes de algún proyecto, en administradores o en empresarios. La paz conquistada a tan alto costo no resulta ser la hora triunfal de los *héroes*, sino la del ascenso meteórico de los oportunistas, la hora del dominio de los *mercaderes*.

La audacia en el combate o la agresividad del asalto, el valor y el heroísmo, son virtudes que resultan anacrónicas y ya no sirven en los nuevos tiempos. Ahora triunfa el cálculo y la ambición, la astucia, el saber rodearse de socios poderosos, el apoyo de buenas relaciones y la zancadilla al competidor. Quien no se adapta a eso, pierde. El compañerismo, la solidaridad y el espíritu de grupo se inclinan ahora ante la supremacía con que aparecen el individualismo, la pelea por lo propio y la viveza. La anterior abnegación, que era negación de sí mismo, disposición al mayor sacrificio por una causa y por un ideal, se ha convertido en *su contrario dialéctico*, en egoísmo, competencia y afirmación extrema de lo particular. El nuevo signo del período produce una suerte de "*privatización de las conciencias*", que encaja ideológicamente con el planteamiento global de privatización que impulsa el sistema con el proyecto neoliberal. De ahí que la derecha —que salió golpeada políticamente con la firma de los acuerdos, constreñida a ceder parte de su tradicional poder omnímodo—, no se sienta sin embargo derrotada ideológicamente, más bien al contrario.

Consecuencia de todo ello es el sentimiento generalizado entre la base social organizada de la izquierda de des-encanto, des-ilusión y des-engaño. También se explica que la tendencia más extendida entre la población sea el *desinterés por la política* —que se hizo evidente durante la campaña y en las jornadas electorales—, pues deja de interesar "la polis", la comunidad, lo público, en la medida que crece la des-confianza hacia "los políticos". En estos tiempos de transición, la política es vivida por los ciudadanos como algo extraño, ajeno, en un retorno a la enajenación o alienación, que es peculiar, pues ésta se da desde una posición no ingenua, sino experimentada y consciente, que sigue revelando gran perspicacia política en el pueblo salvadoreño, pero que refleja asimismo que éste "ha dejado de creer", sin haber llenado el hueco dejado por su anterior convicción.

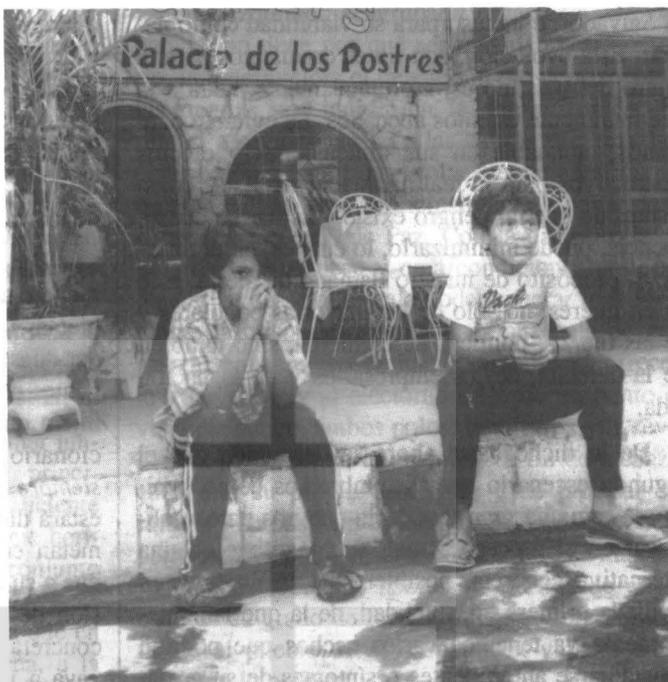
El ejercicio de la política tiende a desvalorizarse en la misma proporción en que ésta se identifica con una *técnica* (según la concepción de Maquiavelo, siempre actual), con una profesión especializada, con algo reservado a una élite. Los que se consideran pertenecientes a "la clase política" aceptan como válida esa percepción colectiva, se miran a sí mismos como parte de "la clase dirigente" —algunos aspirando a llegar a ser de "la clase dominante"— y conciben cada vez más la tarea de gobierno como una función de *administración*, y no ya como real ejercicio del poder. Parte de esa tendencia será la sobrevaloración de ciertos criterios de *eficacia* y *pragmatismo*, de "dar" con soluciones prácticas a necesidades específicas, dejando de lado cuestiones como la orientación estratégica y el carácter trascendente de una política; no sería tarea del político —según esa concepción, que reduce la política al "arte de lo posible"— ocuparse de lo trascendente, de lo que apunta a rebasar el marco existente y a transformar el orden social predominante, con lo que de hecho se limita su acción a "lo intrascendente".

Con ello, las diferentes opciones partidarias se asemejan cada vez más unas a otras, presentan simples contrastes de matices, diferencias de acentos, distinción en los énfasis, dejando de ser reales alternativas diferenciadas y diferenciables. Se apea más a la trayectoria de cada fuerza política y de cada líder, y a su imagen respectiva —"sigamos mejorando", "usted ya nos conoce", "un hombre honesto, capaz, trabajador", etc.— que a la argumentación de una oferta política concreta o a la defensa de un proyecto político definido. En el afán por desideologizar la política, se llega a extremos incluso absurdos, como plantear que el mejor político es aquél que nunca ha participado en política, proponer que el partido debe postular al independiente que ha permanecido desvinculado de cualquier partido o defender que el mejor candidato para asumir un liderazgo político es... ¡un empresario!

Percibimos dos grandes tendencias, fruto de la actual tensión dialéctica y, con ellas, la posible configuración de dos distintos escenarios para el futuro próximo inmediato. La primera posibilidad es el advenimiento de *lo social* como la dinámica

impulsada a ocupar el lugar del tercer elemento de la tríada en tensión dialéctica con lo ideológico y lo económico, factores determinante y dominante de la época, respectivamente. Es decir, a partir de la contradicción que hemos descrito, por la que tiende a negarse, desde la predominancia de lo económico, la credibilidad en los cambios ideológicos protagonizados por los actores políticos principales, podría desarrollarse en mayor medida la frustración en determinados sectores sociales. Estos, no sintiéndose representados por las fuerzas políticas organizadas, tenderían a lanzarse espontáneamente a la acción, a fin de exigir la concreción de demandas y reivindicaciones que consideran urgentes y vitales.

En el cuadro que hasta hoy ofrece la transición, este resurgir del movimiento social tendría probablemente un carácter anárquico, no orgánico, ajeno a estrategias, planificación o conducción desde los partidos. Su aparición sería más bien fruto de la desconfianza y la decepción con que son vistas las dirigencias que negociaron la paz, acusadas de medrar económica y privadamente, mientras para las grandes mayorías la transición representa una dura postguerra llena de privaciones. En este sentido, *la lucha social* como factor síntesis representaría la auténtica negación del factor ideológico determinante y la negación de la negación, respecto al factor económico dominante. Determinada desde lo económico —como consecuencia de la explosiva combinación de desesperación económica e indignación por los privilegios de que disfruta la “clase política”—, la nueva problemática social podría estallar con signos de violencia incontrolable, sorda a los llamados de los dirigentes políticos a la cordura y la moderación, indiferente a los lamentos por la “paz social” perdida y a las exhortaciones por permitir la estabilidad y gobernabilidad del país. Su búsqueda habría justamente provocado su propia negación, tendiendo a ser la *inestabilidad e ingobernabilidad* los que apuntarían a apoderarse del signo de los tiempos.



Es decir, la negociación no habría traído a mediano plazo una paz verdadera, sino una nueva variedad de violencia social generalizada; al tiempo de *revolución* no estaría sucediendo una época de reforma, sino un tiempo de *revuelta*. No sería éste una repetición del pasado ni un retorno a la situación de la guerra, no sería una realidad de insurgencia y de campamentos guerrilleros, sino más bien un cuadro de acciones de hecho para resolver necesidades concretas, tomas de edificios, instituciones o propiedades rurales, destrucción de los símbolos del poder, asaltos a supermercados, saqueo a negocios y enfrentamiento ciego contra las “fuerzas del orden”. Un paisaje más similar a los sucesos acontecidos en varias ciudades latinoamericanas, donde la turba hambrienta y no las autodenominadas vanguardias políticas se adueñaron de la calle y pusieron en jaque al sistema, sin ceñirse a estrategias ni plantear alternativas.

La materialización de tal escenario —que estamos intencionalmente describiendo con ribetes apocalípticos— sería evidentemente desastroso para las aspiraciones de convivencia y progreso social, y peligroso en sumo grado para la supervivencia de un marco mínimamente democrático en

El Salvador, e incluso para su viabilidad como nación. Esta evolución, con tintes dramáticos para el futuro del país, no es, afortunadamente, nada a lo que fatalmente estemos abocados. Es evitable o, al menos, atenuable en sus dimensiones y efectos destructivos para la realidad nacional. Estar conscientes de que tal peligro existe y actuar en consecuencia, puede minimizarlo, lo cual es, en definitiva, el propósito de nuestro llamado de alerta. Ello va en interés, no sólo de las mayorías populares y de las fuerzas políticas de izquierda, sino también de la derecha, de los empresarios y de la nación toda.

De lo dicho hasta ahora se desprende que el segundo escenario que vislumbramos como posible, la segunda gran tendencia que nos parece observar en el proceso actual, se constituye en una alternativa concreta, posiblemente la única, para eludir la primera eventualidad, de la que lamentablemente ya tenemos varios hechos que podrían considerarse antecedentes o síntomas de su gestación real. En este segundo caso se trataría de que *lo político* ascendería al rango de síntesis del período, con una evolución muy distinta de los acontecimientos. Si la izquierda política organizada reacciona y —sacando lecciones de lo actuado y de lo errado en estos últimos dos años— *rectifica*, asumiendo en forma coherente la re-construcción de una auténtica alternativa a ofrecer al pueblo trabajador, será factible nuevamente poder canalizar a través suyo las fuertes tensiones que atraviesan el tejido social salvadoreño, catalizando las esperanzas y expectativas populares en una propuesta política que pueda “hacer suya” la base social potencial, hoy distanciada de la izquierda y de la política.

Que el proceso vaya a tomar por este rumbo depende, en primer lugar, de que la izquierda efectúe una verdadera *autocrítica*. Deben ser urgentemente corregidos los casos más escandalosos de corrupción y arribismo, aplicando las mismas medidas contra la impunidad que en su momento se le exigieron a la contraparte. También se hace precisa una revisión a fondo y sincera del pasado —el de la guerra y el anterior— que pueda fundamentar un auténtico *proceso de rectificación*, que vaya a las raíces mismas de la deformación del pensa-

miento y de los métodos, a fin de depurar el historial de la izquierda salvadoreña y de presentarse limpia de cara al futuro. No bastan las expresiones, más propagandísticas que sinceras, de andar “pidiendo perdón”, las palabras de “arrepentimiento” o de “autocrítica” en forma general y abstracta de los errores del pasado.

“Fue peor que un crimen, fue un error” —afirmó en una ocasión Napoleón Bonaparte, al comentar un suceso de su época. No deberían olvidar nuestros —hasta hace poco “infalibles”— dirigentes revolucionarios que, al contrario de lo que dijera quien fue simultáneamente general, revolucionario, político y estadista, *¡un crimen será siempre peor que un error!* El pueblo aceptará y estará dispuesto a disculpar que sus dirigentes cometan errores, pero no va a perdonar fácilmente que a su nombre se incurra en crímenes. La confesión de los crímenes del pasado y la autocrítica concreta de los errores no asegurará que no se vaya a incurrir en nuevos errores, pero al menos debería ser garantía de que no se cometerán nuevos crímenes.

Ahora bien, al recapacitar sobre la célebre expresión del genial estratega de la revolución francesa, debemos concederle su parte de razón: hay errores cuyas consecuencias son tan nefastas que son comparables, por su dimensión, a un crimen. Por ejemplo, el pragmatismo actual —que raya en el cinismo en ciertos casos— es la muerte de la utopía, la asfixia del sueño, el hurto del horizonte de esperanza que necesita nuestro pueblo pobre “desesperadamente” para poder sobrevivir. La poesía de la revolución agoniza ante el discurso cínico del pragmático, para quien todo es negociable y en todo busca su particular ganancia. En ese sentido y en reivindicación póstuma del genial intelectual orgánico y líder revolucionario que fue Roque Dalton, cabría señalar con contundencia implacable que resulta comparable en su gravedad el haber asesinado al poeta, como el estar matando ahora a la poesía. Si al crimen cometido en nombre de los principios se le pretende denominar ahora “error”, entonces quedamos autorizados para llamarle “crimen” al absoluto abandono actual de los principios, que amenaza dejar al pueblo salvadoreño *sin poeta y sin poesía*.

Para que la izquierda se reivindique, para que realice una verdadera *reconciliación* con su pueblo y con sus bases, hace falta ese proceso de rectificación, una especie de *perestroika* a la salvadoreña, que genere sinceridad, transparencia y participación. Ligado a ello está la necesidad de un proceso de *definición*, un aclarar las aguas hoy mezcladas; que el sector que reniega de su origen y de su esencia, que manifiesta no ser ni querer ser izquierda, encuentre su propio camino y su definición, dejando de incidir en la pretendida e inexistente "unidad" y de arrastrar en sus propias vacilaciones y bandazos al resto de la izquierda.

Será más fácil llegar a acuerdos y caminar juntos en alianza después de una separación, principalmente si se efectúa con la madurez suficiente para que ésta no sea traumática, que no deje heridas ni feas cicatrices. Un reacomodo del conjunto de la izquierda, un inescusable *reagrupamiento*, una vez superada la importancia exagerada que en su tiempo se le dio a las formas de lucha, a la participación o no en la lucha armada, será lo más saludable. Hay en el país una compleja estructura social y suficientes elementos objetivos y subjetivos para que coexistan, y se mantengan, una expresión de *signo reformista*, de evolución gradual dentro de los márgenes del sistema, de un lado, y del otro, una opción de *signo revolucionario*, que sin colocar en el centro la cuestión de la violencia revolucionaria, estructure una estrategia de ruptura, una línea que tienda a trascender el actual sistema de capitalismo dependiente. Ambas tendencias deben tener cabida en el espectro político nacional y ambas tienen derecho a reclamar su lugar en el marco del sistema democrático que viene configurándose.

Una izquierda reagrupada orgánicamente, separada, no tiene por qué ser más débil; al contrario, la indefinición, el debate interno permanente y las pugnas por incidir en la determinación del rumbo a seguir, han sido las causas que más han contribuido a paralizar y volver inoperante a la izquierda salvadoreña, principalmente a partir de la firma del Acuerdo de Paz. Con la división, la izquierda se enriquece y crea condiciones para potenciar su desarrollo; va a poder superar más fácilmente la crisis de definición, la ausencia de programas coherentes y de una opción clara a ofrecerle a las bases y al electorado. Desde un punto de vista dialéctico, ambos polos, la reforma y la revolución, se necesitan mutuamente a fin de alcanzar cada uno su propio desarrollo y de precisar sus límites y su posición específica. La dialéctica de la competencia política, la dinámica de la vida, dirá su palabra sobre los aportes y méritos de una y otra, de su grado de fortalecimiento y credibilidad frente al pueblo salvadoreño, juez y parte en el juicio de la política.

La responsabilidad de las dirigencias y de los cuadros intermedios es grande: del futuro de la izquierda depende el del sujeto social por quien se dice luchar y, en definitiva, el futuro del país. El Salvador necesita que exista una izquierda —al igual que tiene necesidad de una derecha y de un centro— definitivamente en forma imperiosa, para evitar que el signo aciago de la anarquía y la violencia desenfrenada se abatan sobre el país; se requiere que alrededor de un proyecto de izquierda se canalicen los tensionamientos sociales y pueda sobrevivir la esperanza.

R. R.